

posterior. De esta forma podemos contar con una visión muy completa, desde luego apasionada y nada neutral (como en justicia corresponde a tan larga sucesión de acontecimientos), de la vida española durante la mayor parte del siglo XX.

Su recuerdo de tantas figuras clave en el mayor intento histórico de transformación de la secular violencia y corrupción de la política española a un sistema democrático, como fue la Segunda República, y del fracaso de las acciones de gobierno y legislación emprendidas entonces, mediante el procedimiento habitual utilizado en nuestra Historia por la poderosa Reacción para evitar cualquier cambio en las relaciones de poder económico, político y social, nos da muchas claves para entender, no sólo aquel período, sino también las dificultades y carencias de la transición posterior a la muerte de Franco, e incluso de nuestra flamante democracia actual del siglo XXI.

Seguramente el conocimiento, estudio y reflexión de las aportaciones como las que hemos comentado de Julián y Julio Diamante a la Memoria común, podría ser el camino más seguro y pacífico a la construcción de un futuro en que la convivencia de los españoles se base únicamente en la justicia, la libertad y la paz.

Luis Otero Fernández

HUGO GARCÍA

Mentiras necesarias: la batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil

Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, 266 págs.

ISBN: 978-84-9742-788-3

Este libro, cuya primera versión se presentó como tesis doctoral en la UNED, es un modelo de lo que debe ser una monografía histórica. El tema que aborda es limitado, como corresponde a una tesis doctoral, pero el autor lo ha trabajado a fondo. Ha consultado la amplísima

documentación disponible en una docena de archivos de España, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, la ha analizado con buen criterio y ha expuesto sus resultados en una obra bien estructurada, bien escrita y concisa. Las fuentes consultadas habrían permitido escribir un libro dos veces más extenso, pero no por ello habría sido más interesante, al contrario, es probable que hubiera resultado menos incisivo.

La actividad propagandística de republicanos y «nacionales» en el exterior adquirió una magnitud sin precedentes en la historia española, pero respondía al auge de la propaganda exterior que se produjo en el mundo desde fines del siglo XIX, que García analiza en su primer capítulo. Los esfuerzos propagandísticos de ambos bandos prestaron particular atención a las dos potencias europeas que no habían tomado abiertamente partido y habían promovido el acuerdo de no intervención, es decir, Francia y Gran Bretaña, por lo que ha sido un acierto centrar el libro en el caso de esta última. Tras ese primer capítulo, que ofrece una buena síntesis del nacimiento de la propaganda moderna e incluye un análisis de la percepción internacional de la política española en los años que precedieron a la Guerra Civil, el libro se estructura en tres partes. La primera examina los aparatos de propaganda de ambos bandos, la segunda analiza los grandes temas que se debatieron y la tercera se plantea la difícil cuestión del impacto efectivo que tuvo la propaganda.

Respecto a los aparatos propagandísticos, que hubieron de ser improvisados al inicio de la guerra, García destaca que ambos bandos recurrieron mucho a voluntarios, cuyo perfil difería significativamente. Los «nacionales» contaron sobre todo con aristócratas y militares, mientras que los republicanos emplearon a intelectuales que simpatizaban con su causa, algunos de ellos extranjeros. También fue importante la colaboración institucional extranjera, sobre todo la de la Alemania nazi en el caso de Franco y la de la Internacional Comunista en el caso de la República. El comunista alemán Willy Mün-

zenberg realizó una contribución particularmente importante en la puesta en marcha de la propaganda exterior republicana.

Gran interés tiene la segunda parte del libro, que se centra en cuatro temas a los que prestaron considerable atención los propagandistas de ambos bandos: la propia definición del conflicto, las atrocidades cometidas, la defensa de la civilización y la intervención extranjera en el conflicto. Los insurgentes se presentaban como un movimiento nacional contra el dominio marxista, lo que tenía varias ventajas. En primer lugar, les permitía sintonizar con un sentimiento anticomunista muy extendido en Gran Bretaña y otros países (que curiosamente el autor, en general muy objetivo, presenta como un temor irracional al «fantasma del peligro comunista»). En segundo lugar, les permitía presentar su alzamiento como un caso de legítima defensa, para lo que difundieron incluso la infundada tesis de que se había anticipado a una inminente insurrección marxista. Y en tercer lugar les permitía evitar una definición precisa de sus propios objetivos, que ellos mismos no tenían del todo claros, pero que en todo caso tenían un cariz antiliberal poco en consonancia con los valores dominantes en la sociedad británica. En cuanto a la definición de la guerra como una cruzada, se utilizó bastante menos, porque podía ser útil de cara a la opinión católica, pero resultaba problemática en un contexto más amplio.

Hugo García considera sorprendente que los republicanos no presentaran la guerra como un conflicto entre la democracia y el fascismo, aunque sí lo hicieron sus partidarios británicos. Podían haberlo hecho, pero en realidad el ideal por el que combatían socialistas comunistas y anarcosindicalistas no era precisamente el de una democracia al estilo occidental. Por otra parte evitaban presentarse como partidarios de una revolución social, para no dar argumentos a sus críticos conservadores. Así es que la propaganda republicana se centró inicialmente en la dimensión legal del conflicto, que había surgido de una insurrección contra un gobierno legíti-

mo e internacionalmente reconocido; presento el conflicto como un choque entre «progreso» y feudalismo»; y finalmente destacó la intervención alemana e italiana para definirlo como una guerra patriótica contra una invasión extranjera, que es como los «nacionales» lo habían presentado desde el primer momento, aunque en su caso el papel de invasor correspondiera al comunismo ruso y sus agentes.

Tanto en el tema de la intervención extranjera como en el de las atrocidades, la propaganda de ambos bandos siguió líneas previsibles. Ambos enfatizaron las atrocidades del enemigo, negaron, minimizaron o trataron de justificar las propias, resaltaron la sumisión del bando contrario a sus patrocinadores extranjeros, y trataron de restar importancia al apoyo exterior que ellos mismos recibían. En cuanto el tema que García denomina «las batallas de la civilización», se comprueba que ambos bandos quisieron presentar la guerra como un conflicto entre civilización y barbarie, aunque evidentemente no coincidían en quien representaba a los bárbaros. La persecución religiosa en la zona republicana, que llevó a la muerte a la cuarta parte del clero masculino, pudo ser presentada por los insurgentes como un ataque contra las raíces cristianas de la civilización occidental. Los republicanos, por su parte, jugaron la baza del apoyo intelectual con que contaban, mientras que los «nacionales» desaprovecharon el apoyo inicial que les dio una figura de la talla de Unamuno.

Lo más difícil, observa Hugo García, es evaluar el impacto real que tuvo todo aquel esfuerzo propagandístico. La mayoría de los británicos no tomaron partido, pero veían con mayor simpatía a la República que a los generales rebeldes. Estos sólo recibieron el apoyo entusiasta de algunos intelectuales católicos y de sectores de extrema derecha, mientras que la causa republicana sólo fue verdaderamente popular entre los comunistas y en el ala izquierda del laborismo. Y tales actitudes, subraya Hugo García, se debían más a orientaciones ideológicas previas

que al efecto de la propaganda. No cae pues el autor en el típico error de sobrevalorar la importancia histórica del tema que estudia.

Estamos pues ante un buen libro que capta el interés del lector. A mi juicio sólo presenta dos lagunas, una de forma y otra de fondo. La primera es la ausencia de un índice de nombres, imperdonable en un libro en el que aparecen bastantes personajes de interés. La segunda estriba en no haber analizado los objetivos finales que se planteaba la propaganda de ambos bandos. Trataba de incidir en la opinión pública, pero pretendía que ello repercutiera a su vez en la política de los gobiernos. Hubiera sido pues útil dedicar unos párrafos a reflexionar en qué sentido pretendía influir cada bando en el gobierno de Londres: el mantenimiento de la no intervención y la concesión de derechos de beligerancia en el caso de los insurgentes, o el fin de la no intervención en el caso del gobierno republicano.

Juan Avilés

LEANDRO ÁLVAREZ REY (ED.)

Diego Martínez Barrio. Palabra de republicano

Sevilla, Ayuntamiento/ICAS, 2007, 1046 pp.
ISBN: 978-84-96098-96-1

Resulta sorprendente la escasa atención prestada, hasta ahora, por la historiografía española a uno de los hombres políticos más destacados del siglo XX, el sevillano Diego Martínez Barrio. Podrá debatirse a propósito de la hondura de su ideario o del resultado de sus gestos, labores y diligencias; pero todo ello deberá hacerse tras aceptar una premisa que no es otra cosa que un dato. A saber, Martínez Barrio ha sido el único español que, si bien es cierto que en circunstancias excepcionales, ocupó las tres más altas instancias de poder y representación de la nación: la jefatura del Gobierno, la de las Cortes y la del

Estado. Leandro Álvarez Rey rescata, en *Palabra de republicano*, el corpus de materiales —artículos, disertaciones, informes, alocuciones...— que Martínez Barrio fue confeccionando, de modo asistemático, desde 1901 a 1961.

La selección empieza con un breve, enérgico y —aunque parezca una contradicción— inseguro artículo publicado en *El Noticiero Obrero* de Sevilla. En él se defendía, en los albores de la centuria, siendo anarquista y en tiempos de incontestable hegemonía internacionalista entre los sectores proletarios que combatían el orden existente, el valor objetivo de la pasión patriótica. Quiso darse a conocer y lo hizo sosteniendo que si la solidaridad de clase tenía que desbordar fronteras, el sentimiento nacional no podía sino presidir las acciones de cada obrero concreto en su respectivo terruño. Las raíces aseguraban la plenitud del desarrollo de la justicia social. Las piezas que se recogen en *Palabra de republicano* culminan, desde un punto de vista cronológico, con la alocución que en su condición de Presidente de la República española en el exilio dirigió, en 1961, con motivo del trigésimo aniversario del 14 de abril y poco antes de su fallecimiento, a la ciudadanía española. La inquietud por el porvenir nacional, así como, de nuevo, por la justicia social, continuaba orientando el verbo de un por entonces debilitado, en lo político y en lo personal, prohombre de la democracia.

Lo reunido, de forma sistemática y pulcra, son ciento setenta escritos y discursos que un autodidacta fue dando a conocer, en medios muy diversos, al tiempo que construía su biografía. Un acervo de palabras articuladas no en el vacío sino, por el contrario, en permanente relación con los combates de su tiempo y con el desarrollo de sus propias y personalísimas aspiraciones y contradicciones. De un tiempo largo, que acabaría siendo el de medio siglo de la historia de España. La de Martínez Barrio fue una personalidad de orígenes populares que prueba el carácter equiparable, cuando no compartido, de las raíces últimas de las rebeldías liberta-